



el Caballo rojo

Suplemento dominical
de El Diario de Marka
Lima, 22/1/84 No 193 Año IV

Dirección : Antonio Cisneros
Edición : Luis Valera
Redacción : Rosalba Oxandabarat
Vicente Della Casa
Diagramación : Lorenzo Osoreo
Fotografía : Beatriz Suárez
Coordinación : María del Carmen Alvarez
Corrección : José Luis Carrillo.
Impresión : Editora EL SIGLO S.A.

MANUEL SCORZA: El rincón de los muertos/ AGUSTIN HAYA: Uchuraccay,
ya pasó un año/ HERNANDO BURGOS: Uchuraccay, crónica de la impunidad/
LUIS LUMBRERAS: El mundo de los iquichanos/ JOSE MARIA SALCEDO: De
"Las tumbas de Uchuraccay"



NI OLVIDO NI PERDON



Pedro Sánchez

El rincón de los muertos

Manuel Scorza

Hace aproximadamente cinco años —finales del gobierno militar del Perú— un grupo de maestros y estudiantes de la Universidad de Huamanga (Ayacucho) decidió contra toda lógica política, preparar en una de las zonas más pobres y remotas, la *guerra final* contra el “podrido Estado burgués peruano”.

Las guerrillas que en 1965 combatieron en Ayacucho fracasaron —entre otras razones— porque nunca lograron comunicarse *realmente* con la población campesina. Las guerrillas que combaten en América Latina en la década del sesenta se entrenan, se arman y financian desde el exterior.

Sendero Luminoso decide actuar desde el *interior* de la sociedad india. Maestros, médicos, estudiantes que se proclaman seguidores del “camarada Gonzalo” (el profesor de filosofía Abimael Guzmán, graduado en la Universidad de Arequipa con una tesis sobre “La noción del espacio” en Kant), se marchan al campo ayacuchano, se instalan, conviven, se matrimonian y establecen —durante años— lazos de sangre o confraternidad con ciertos sectores de la población campesina.

La revolución no necesita comprar armas. “*El arsenal de la revolución —dice Mao— lo tiene el enemigo*”. Una guerrilla que depende del extranjero es un movimiento condenado. Sendero Luminoso escogerá un arma anacrónica que en el Perú minero existe en abundancia: la dinamita. En asaltos que se confunden con robos comunes se provee de millones de cartuchos.

En 1980 el Perú elige presidente de la República a Fernando Belaunde Terry. Muy poco después Sendero Luminoso empieza a volar una torre de alta tensión prácticamente por semana: la guerra de sabotaje pronto se convertirá simple-

mente en guerra.

1981: la gravedad de los hechos exige el envío de las tropas de asalto de la Guardia Civil, que practican una represión severísima. La cárcel de Ayacucho se llena de prisioneros torturados sistemáticamente. Sendero Luminoso —al mando de una universitaria, Edith Lagos, a cuyo sepelio asistirán después diez mil ayacuchanos— asalta la cárcel y libera trescientos prisioneros políticos. La exasperada policía remata a tiros a los prisioneros heridos en los hospitales. Ha empezado la “guerra sucia”.

1983: ocho periodistas que cumplen misión informativa son salvajemente masacrados en la comunidad de Uchuraccay. Sólo entonces —gracias al inmenso despliegue informativo— el país y América Latina se percatan de que lo que ocurre en las cordilleras de Ayacucho no es el simple banditaje del que desdén ocuparse el Presidente de la República.

Los comuneros de Uchuraccay —sostiene el periodista peruano— actuaron bajo la instigación de las Fuerzas Armadas que alientan o premian con dinero, herramientas y alimentos la ejecución sumaria de senderistas. ¿Comunidades indias con licencia para matar? Pero, ¿a qué precio? Semanas después, acusadas de “traición” por Sendero Luminoso, Uchuraccay y otras comunidades son masacradas por destacamentos punitivos de Sendero Luminoso en los que innegablemente participan otras comunidades. ¿La guerra contra el Estado burgués se ha convertido en guerra civil? ¿La guerra civil se convierte en guerra racial?

Ayacucho —que en quechua significa Rincón de Muertos— es hoy territorio ocupado por el ejército, clausurado a toda visita periodística. Partes escuetos del ejército informan, cada se-

mana, de sangrientos combates: mil muertos en unos meses: expediciones punitivas que siempre aniquilan a un Sendero que siempre resucita.

Sendero Luminoso se presenta como una variante del maoísmo (que China oficial repudia). Lo que no quiere decir nada. En el Perú la forma de la ideología no refleja el contenido: lo oculta. La ideología no es un rostro: es una máscara.

El problema no está allí. José Carlos Mariátegui, el más grande pensador del marxismo latinoamericano, escribió: “*El más grande reservorio de energías revolucionarias de la América Latina duerme en las profundidades del campesinado quechua*” que, según la expresión de Luis E. Valcárcel “*espera su Lenin*”.

¿Sendero Luminoso ha logrado movilizar esas energías, esas cóleras dormidas desde hace cuatrocientos años? ¿Por qué medios? ¿Con qué método? ¿Mezclando trasfondos míticos y marxismo? ¿Ofreciendo promesa de una redención por el fuego? ¿Hasta cuándo?

Peligro distante: el pasaje de la lucha del campo a la ciudad. Lima, la capital es una ciudad rodeada por un cinturón de miseria de cuatro millones de indios. En esas barriadas, ¿comenzará la temida segunda etapa de la “lucha final”?

Peligro cercano: que el ejército —exasperado por el fracaso de las operaciones represivas que desangran la exhausta economía nacional— opte por la toma del poder. ¿La “guerra sucia” acabaría así en la “dictadura sucia”?

Entretanto, Sendero Luminoso cuestiona dramáticamente el equilibrio político del Perú. Pero no sólo hay indios en el Perú. ¿Del Perú o de la América Latina?

Este texto, desconocido en nuestro medio, apareció en *Le Monde Diplomatique*. (Julio de 1983)

A un año de la institución de la impunidad —y nos avergüenza el papel jugado por los intelectuales que elaboraron la coartada que contribuyó a este resultado degradando su quehacer a un simple eco del discurso del poder— es necesario protestar por nuestros muertos. Tanto por los caídos en la masacre del 26 de enero, cuanto por sus victimarios y los incómodos testigos liquidados en los meses siguientes.

Impedir que triunfe la impunidad representa hoy mucho más que el reclamo imprescindible de justicia. Hoy hay quienes sueñan en ahogar al país en un baño de sangre y no puede subestimarse la amenaza que representan en base a que se trata de una *minoría* delirante. Históricamente, las minorías bárbaras han liquidado cualquier asomo de orden racional, mínimamente humano, apoyándose en la mayoritaria abstención, cuando no en la complicidad medrosa de quienes íntimamente creen que la impunidad en este tipo de crímenes es el costo necesario a pagar para la “defensa del orden”.

En este país desgarrado, Uchuraccay cristaliza la acumulación de contradicciones de cinco siglos, acumuladas y no resueltas. Sobre la no solución del problema indígena al interior de lo nacional, el gamonalismo sustentó su capacidad de movilizar el autoritarismo y la violencia. Desaparecieron los gamonales pero quedó la estructura y el sistema de vida. ¿Será casual que Uchuraccay y Huayanay —obviemos la enumeración de similares— sean comunidades que antes fueron haciendas feudalizadas durante 300 años? La manipulación de esta fuente potencial de violencia puede terminar devorando —también— a sus promotores. Al borde del abismo, es nuestra obligación luchar contra un futuro para todos ominoso. Ojalá aún no sea tarde.

Nelson-Manrique

General Clemente Noel



Eduardo de la Piniella

Esta es una nota que no quería escribir, básicamente por tres razones:

La primera porque, tercamente, me niego a aceptar que estén muertos. El público anónimo y/o ajeno a las víctimas de Uchuraccay, no tiene cómo recordar los ojos solitarios de Mendivil, quien bailaba, formalito, en la fiesta de Año Nuevo de la UDP. Veinticinco días después estaba muerto. Ni conocer la sonrisa y la frente sudorosa del “gordo” Sedano. Y, en lo que a mí respecta, celebrar todavía las bromas de Eduardo de la Piniella, su simpatía, su bondad. Me ocurre todavía que, a veces que entro a *El Diario*, imagino que me voy a cruzar con él en la escalera o en la sala de redacción. A los otros no los conocí, para mí no tienen rostro aunque sus fotografías se hayan multiplicado a lo largo de este año. Pero aquellos a quien sí estimaba, difícilmente me los imagino muertos. Escribirlo es dar un paso adelante en esta parcela de la realidad que niego.

La segunda razón también es personal. Ellos eran periodistas. No intelectuales sesudos, ni científicos sociales, ni abogados, que se sientan en su mesa y ordenan, interpretan los hechos. Los muertos de Uchuraccay buscaban la noticia, son como todos los reporteros que cruzan los pasillos del Parlamento, se arremolinan ante un accidente, investigan. Y un periodista piensa —yo lo pensé— me hubiera podido pasar a mí. (Qué miedo).

Por último, escribir esta nota breve es rendirnos ante la evidencia de la impunidad no sólo de estas ocho muertes, sino de miles. Es casi resignarnos a vivir en un país de corta memoria y agigantado cinismo, ante el cual somos espectadores inermes. Ojalá que, en este caso, no haya olvido ni perdón.

Maruja Barrig

Uchuraccay, ya pasó un año

Agustín Haya

La advertencia más grave de lo que estaba pasando la había dado, meses atrás, la salvaje masacre de Rousel Wensjoe, Urday y Alcántara, los tres militantes heridos de Sendero Luminoso que fueron sacados a rastras del Hospital de Ayacucho y asesinados a sangre fría en un acto de inaudita cobardía.

Recordemos que los balbuceos oficiales pronto se tradujeron en "comisiones investigadoras" (que son el mejor ardid para que las cosas queden como están). Desde entonces, nadie es responsable de nada en este país.

Por eso, cuando se sucedían uno tras otro los "comunicados oficiales" anunciando las muertes de los insurrectos, aquellos textos donde jamás hay heridos o detenidos, un grupo de corresponsales en Huamanga decidió ir al encuentro de la verdad.

Los datos que se conocían, las fotos publicadas por las revistas consentidas del oficialismo, no dejaban dudas, aparentemente, de que las muertes resultaban de la participación campesina y tampoco de que entre los muertos habían niños.

El propio presidente de la República, hacedor de frases por excelencia, había traspasado los linderos de la huachafería para caer en la negligencia punible cuando saludó las ejecuciones ilegales hablando del "resurgimiento ayacuchano".

Así, Huaychao se convirtió en una meta que jamás sería alcanzada.

Antes, estaba Uchuraccay, comunidad de la que nadie conocía su existencia, en su aislamiento montaraz y su confuso resentimiento secular.

Las orgullosas comunidades iquichanas siempre fueron difíciles de tratar. Realistas en su momento, caceristas en otro, pocos conocían el descontento generado por la ceguera senderista que les había asesinado comuneros y prohibido ferias, por aquello de la presencia corruptora del capitalismo en el campo.

Cuando las sombras empezaban a descender del Rasuwillka, ocho cadáveres cubrieron de vergüenza al país. Desde el principio las coartadas y las mentiras oficiales fueron la versión común hasta conseguir el rango de la impunidad oficial que permite a los responsables retirarse tranquilos. Cuando llegamos a Huamanga el 30 de enero, fuimos recibidos por la calumnia. Un solemne general, jefe del comando político militar de la zona de emergencia, nos agasajó con una solemne mentira: los periodistas habían hecho su ingreso a la comuni-

El general Noel al dejar el mando en Ayacucho dijo que se retiraba con la conciencia tranquila. La debe tener a prueba de balas, porque el crimen de Uchuraccay es un baldón sobre la conciencia del Perú. A partir de entonces, fuimos advertidos de que nunca más las cosas iban a ser como antes. Fue el punto de viraje de una descomposición sorda que corroyendo todo el tejido social aún no había golpeado tan macizamente.

dad portando una bandera roja con la hoz y el martillo. Lo peor es que luego mostraron la bandera roja para verificar su propia estupidez.

En las punas de Uchuraccay la calumnia quedaba sepultada por una espantosa realidad: los cuerpos destrozados de los periodistas, los restos de masa encefálica, el hacha de los verdugos, ponían a prueba definitivamente la entereza de las autoridades.

La ilusión pronto se desvaneció. Si alguna vez nuestras clases dominantes hicieron gala de ética y de principios, estos fueron desapareciendo consumidos por la desesperación para recuperar privilegios, quedando sólo el cascarón de los "buenos modales".

Cuando el país empieza a estallar, incapaces de entender siquiera lo que pasa, la calumnia se entroniza y el cinismo se vuelve costumbre y la costumbre se hace ley.

UN GRAVE ERROR

Hoy, un año después, nos damos cuenta que fue un error apostar a que la Comisión Vargas Llosa iba a producir algo serio. Confundiendo ingenuidad con confianza muchos creyeron en las frases contritas y los péssimos oficiales de los altos personajes, cuando se trataba de un ambicioso intento de maquillar responsabilidades.

Hasta nos enredaron en sesudas discusiones sobre el mamotreto final del informe y las increíbles conclusiones, según las cuales lo absoluto se convertía en relativo y todos teníamos la culpa menos los autores.

Fue impresionante ver cómo calificados académicos montaban un espectáculo con los comuneros, tratando de sincerarse con ellos mientras eran rodeados por un apabullante despliegue policial y militar que hacía naufragar en la boca de los fusiles apuntando sobre sus cabezas cualquier posibilidad de esclarecer nada.

Por eso, resulta inmoral que el gran encubridor diga ahora que la culpa la tiene la lentitud del Poder Judicial, cuando su comisión tuvo todo el respaldo del poder para pronunciarse sobre el crimen.

Tampoco se le mueve un pelo cuando al comentar las fotos de Retto, aparecidas semanas después en inexplicadas



circunstancias, dice que éstas varían sólo "ligeramente" las conclusiones; basta un somero análisis de ellas para saber que echan por tierra todas las coartadas oficiales y las solemnes mentiras, las absolutas de Noel y las relativas de Vargas Llosa. Las imágenes mostraban a los periodistas conversando con los comuneros y a éstos en disposición de atacarlos.

Entre el informe y las fotos, hechos oscuros ensombrecían aún más la situación. Los testigos desaparecían, asesinados uno tras otro; los jueces vivían bajo la amenaza militar, la oposición gubernamental era cerrada a que el proceso se traslade a Lima.

NI OLVIDO NI PERDON

En Argentina, el desentierro de centenares de cadáveres descubre al mundo en toda su brutalidad lo que en realidad hicieron Videla y sus hordas: montar una industria de la tortura y de la muerte como último recurso para sostener al sistema.

Desde los procesos de Nuremberg el mundo no conocía la aplicación tan sistemática del terror y muchos de los que creían que las denuncias contra los militares fascistas eran cosa de comunistas, ahora tienen que admitir, contritos, la verdad.

¿Tendremos que esperar una coyuntura semejante para que

lo que está pasando en Ayacucho salga a la luz?

¿Qué diferencia hay entre la masacre de Uchuraccay, las crecientes desapariciones y la tortura argentina?

Salvo que el método aún no está extendido a todo el territorio, por lo demás es cada vez más parecido.

Detenidos que han salido vivos narran cómo en los cuarteles ayacuchanos se aplica el método de las tres capuchas: amarilla, para el que es detenido sin mayores referencias, para el que cayó en una redada rutinaria; roja, para el que es sospechoso de vinculaciones con la insurrección, y negra, que es lo último que les ponen a aquellos que aparecen luego tirados en los basurales, comidos por los perros.

Sendero Luminoso podrá ser la expresión desesperada de la cólera y su violencia ciega e irracional, pero sus errores jamás podrán ser comparados con el terrorismo de Estado, con los crímenes oficiales y la tortura policial, porque ésta se hace en el nombre supuesto de la sociedad y porque su objetivo no es más que el de proteger el inseguro dominio de un puñado de monopolios que agotan la miseria exánime de nuestro pueblo.

Cuando entramos a las postimerías del segundo belandismo, empieza a crecer la sensación de que estamos a punto de librarnos de una pesadilla y de que en marzo o junio del 85 las cosas cambiarán. Aún faltan quince meses y la esperanza puede ser excesiva. Sobre todo porque quien tortura y mata ante la indiferencia general adquiere pronto impunidad y porque aquel que cae en ese extremo de degradación ya no es más un ser racional: se convierte en un frío y sanguinario instrumento institucional de la muerte, en el perfecto mecanismo para defender la irracionalidad del capitalismo.

Se ha repetido hasta la saciedad que la respuesta al terrorismo no puede ser la represión, pero el gobierno reitera sus planes hambreadores. La estolidez de los agentes del imperio que controlan nuestro Ministerio de Economía es incommovible. De allí que para ellos sea cada vez más necesario amparar y proteger mediante el ejercicio de una especie de política informal la violación cotidiana de los derechos humanos.

Por ello tiene tanta importancia que hagamos todo el esfuerzo posible para remover las conciencias exigiendo sanción a los responsables políticos y militares del crimen de Uchuraccay, que son los mismos que han vuelto a convertir a Ayacucho en el rincón de los muertos.

Crónica de la impunidad

Hernando Burgos

El pez y el martillo

ALZA TU VOZ COMO TROMPETA

El lúcido documento titulado En defensa de la vida humana, publicado recientemente y que lleva las firmas de los obispos Bambarén, Dammert y Metzinger; religiosas y sacerdotes responsables de sus congregaciones y distinguidos laicos como nuestro apreciado don César Arróspide de la Flor, traza un claro diagnóstico de la plaga más terrible que nos azota: la violencia. En efecto, afirma sin ambages: "Nuestra sociedad se torna más violenta porque los hombres y mujeres no viven, no pueden vivir como seres humanos".

Los firmantes hacen un llamado para que todas las instituciones del país se pongan de acuerdo en un conjunto de medidas de emergencia nacional para atender las necesidades populares más vitales y a las regiones más atrasadas del país, pues observan que la "secular y profunda desigualdad económica y social" se ha visto "acentuada en los últimos años".

Al rechazar al terrorismo porque "no es instrumento de liberación personal o social", advierten que la respuesta no puede ser la Ley del Talión sino "siempre y en todas partes un tipo de sociedad donde las leyes son justas", en las palabras de Juan Pablo II. Y con una ponderación y firmeza que rompen con la complicidad silente de muchos, reclaman por la "cantidad importante de inocentes" que son víctimas de los métodos represivos que aplican las autoridades.

Finalmente —al recordar el martirio de los periodistas en Uchuraccay— demandan que "la justicia tenga libertad (hasta dónde hemos llegado) y decisión (sobre todo, digo yo) para intervenir, juzgar y sancionar a los culpables", tanto en éste como en todos los demás casos de muertes y desapariciones.

Nunca como hoy tan necesaria la voz de la Iglesia. Pero que sea una voz como trompeta que derribe las murallas de Jericó de nuestra indiferencia. Nunca como hoy tan urgente la intervención activa de la Iglesia en cuanto iniciativa que busque la pacificación, acallando de una vez por todas a los príncipes y dominadores que reclaman la pena de muerte. (Alfredo Quintanilla).

Dícese que la justicia tarda pero llega. Sin embargo, un año después de la horrenda masacre de Uchuraccay, el crimen amenaza quedar impune.

El 8 de febrero se vence el último plazo ampliatorio que el Tribunal Correccional de Huamanga concedió al Juez ad hoc Juan Flores Rojas para que complete las investigaciones. Todo indica que éste se cumplirá sin que el múltiple homicidio quede plenamente esclarecido y el proceso se encamine al castigo a los culpables.



La conferencia de prensa de Noel fue una gigantesca perla de cinismo



La mayoría de los asesinos no han sido capturados, sus instigadores uniformados ni siquiera han sido acusados, el Comando Político Militar mantiene su negativa a cooperar con el magistrado, quien a su vez ha demostrado carecer de idoneidad para conducir las pesquisas y de suficiente energía para hacerse respetar por quienes ahora mandan en Ayacucho.

Allí, en el "Rincón de los muertos", todo conspira una vez más contra Eduardo De la Piniella, Pedro Sánchez y Félix Gavilán. También contra Willy Retto y Jorge Luis Mendiivil, contra Jorge Sedano, Amador García, Octavio Infante y Juan Argumedo.

Víctimas de salvajes linchadores que eran herramientas de una siniestra política, lo son también de la voluntad oficial que pretende evitar por todos los medios (incluidas más muertes) que se llegue hasta los verdaderos responsables de aquel sangriento 26 de enero de 1983.

Los enemigos de los martirizados periodistas han utilizado diversos recursos para impedir el

paso a la justicia que reclaman los ciudadanos honrados del Perú. Han echado mano de medios legales e ilegales, judiciales y extrajudiciales, pero todos ellos igualmente inmorales.

RAICES DE UN ARBOL TORCIDO

Como ciertos árboles, el proceso Uchuraccay nació torcido. Poco o nada han podido hacer por enmendarlo las innumerables invocaciones hechas por diversos sectores de la opinión pública, los múltiples recursos presentados por los deudos de los hombres de prensa, las denuncias planteadas contra los que se han empeñado en encadenar la verdad.

Dos peticiones para que se traslade la instrucción a Lima, toda vez que en Ayacucho no existen garantías para un correcto desarrollo de la misma, se han topado con el rechazo de los vocales de la Corte Suprema.

La raíz de lo que ocurre con el caso Uchuraccay hay que buscarla en la "política ayacuquina" del régimen. Los despropósitos que lo plagan constituyen

la continuación de otros que amenazan con envolver al país entero en una orgía macabra de ilegalidad que se disfraza de "defensa de la democracia".

Porque en Ayacucho todos los días se mata en nombre de "la civilización occidental y cristiana", pero aunque las balas sean de los "sinchis" los muertos siempre se cargan a la cuenta de los "delincuentes subversivos".

Porque, después de lo ocurrido hace un año en la fría localidad iquichana, todos sabemos ahora que las "fuerzas del orden" empujan a unas comunidades contra otras, las alientan a asesinar a extraños, organizan entre ellas comandos paramilitares.

Esta "guerra sucia", aplaudida desde los salones de Palacio de Gobierno, es lo que se proponían develar nuestros colegas.

Pocos días antes de su inmolación se informaron de que en Huaychao siete jóvenes senderistas habían recibido brutal fin en manos de los comuneros. Decidieron ir en busca de la verdad. Esta sólo se conocería después de su sacrificio.

El 23 de enero, aludiendo a lo ocurrido en Huaychao, el presidente Belaúnde sostuvo que era una expresión del "renacimiento ayacuchino". Así, la política según la cual la vida de los senderistas o sospechosos de serlo no vale nada, y éstos ni siquiera tienen derecho a un juicio y pueden ser ejecutados por sus captores, recibió aval del más alto nivel. A partir de allí las hachas de Uchuraccay podían actuar libremente. La posterior "disculpa" falaz y ridícula de la "fatal confusión" solo confirmó que en la "guerra antisubversiva" no hay sitio para la ley.

LA BANDERA SUCIA Y UNA COMISION ENCUBRIDORA

Tan pronto se produjo el salvaje suceso, se iniciaron las maniobras para proteger a sus autores e impedir que la investigación llegara al fondo del asunto.

Políticamente el ejecutivo enfrentó los hechos calumniando a los muertos, y nombrando una "comisión investigadora".

Ante la indignación e incredulidad de la opinión pública, el general Noel afirmó que los periodistas llegaron a Uchuraccay portando una bandera roja con la hoz y el martillo y dando vivas a Sendero. Asumió la exculpación de los asesinos arguyendo que los uchuraccainos son gente ignorante, incapaz de distinguir entre un teleobjetivo y un fusil.

El régimen instruyó a la diplomacia peruana para que repitiera en el extranjero esa versión.

Además, en acto sin precedentes, nombró una "comisión investigadora" cuyas funciones invadían algunas asignadas al poder judicial.

Contando con apoyo material y humano que no se daría a este último, los comisionados arribaron a algunas conclusiones favorables a los interesados en encubrir a los criminales: "todos tenemos la culpa", "confundieron a los periodistas con terroristas". En cambio, descartaron la patraña de la "bandera roja". La tesis de la "fatal confusión" sería despedazada meses después cuando se revelaron las últimas fotos que tomó Willy Retto.

Pero lo principal para los encubridores era impedir una correcta administración de justicia: había que ocultar pruebas, negar ayuda a la instrucción, "desaparecer" a inculpados y testigos. Pero también nombrar jueces complacientes.

UN JUEZ AL GUSTO DEL CLIENTE

Usurpando atribuciones del poder judicial, el general Noel ordenó al juez Hugo Molina Ordóñez que realizara el levantamiento de los cadáveres. Molina carecía de jurisdicción para hacerlo. El hecho de sangre se produjo en la provincia de Huanta y él era magistrado de Huamanga. Su designación para ese caso requería de autorización del Tribunal Correccional de Ayacucho, que jamás fue consultado. Pronto se vería por qué lo escogió el militar.

1984: agenda política

Henry Pease García



Después de tres años de frustraciones, empobrecidos pero firmes, los peruanos por amplia mayoría repudiamos al gobierno acciopepecista. A pesar de su aplastante derrota el belaudismo persiste tercamente en mantener su política antinacional y antipopular, sin tocar siquiera a ministros tan desgastados como Rodríguez Pastor. La soberbia mezclada con mucho de insensibilidad y algo de inconciencia —por autoengaño presidencial— es un rasgo de este gobierno que ya afecta al régimen, es decir, pone en juego la institucionalidad mostrando el significativo vacío de la Carta Constitucional de 1980 al no establecer mecanismo alguno para que el Parlamento refleje un cambio como éste en la correlación de Fuerzas políticas dentro de un período prudencial.

¿Qué haremos esa mayoría de peruanos que expresamos el 13 de Noviembre nuestra demanda de cambio más allá del plano municipal? Tenemos que luchar en 1984 por ese cambio que no admitió la terca soberbia gobernante. Lo que los votos manifestaron deberá expresarse directamente en las calles y plazas, en movilizaciones que obliguen a estos gobernantes a frenar la depredación de la Patria y la pauperización de los peruanos. Porque la demanda popular exige acción ahora.

ELECCIONES Y ELECTOREROS

Algunos desde el 13 de Noviembre sólo piensan en las elecciones de 1985. Es claro que el partido aprista se preocupa poco de arrancar concesiones a este gobierno y asumir la defensa del pueblo en sus demandas inmediatas. Entraron ya, de lleno, en la euforia electoral y todo apunta a 1985. Pero este pueblo que vive en casi cíclicas hambrunas no puede esperar; ni este país puede darse el lujo de que de cinco años de un período presidencial hayan dos con la atención puesta sólo en las elecciones. No puede concederse al belaudismo la salida fácil de considerarlo un gobierno en liquidación, porque en año y medio en vez de preparar su salida va a liquidar a muchos peruanos, además de hacerlo con mucho del Estado, sus empresas y aparatos.

La Izquierda Unida parece demasiado centrada en asumir el



tado atribuciones y recursos que le son negados, le espera como reto indiscutible el conducir y encauzar la demanda inmediata de este pueblo, aquella que no puede esperar y exige atención del gobierno. Si lo logra, al tiempo que participa con su propio ritmo en la campaña electoral, habrá mostrado que su opción real está en la representación de las mayorías pobres y las pauperizadas capas medias, representación que no se aleja de las demandas que encausó en 1983 ni se limita a los gestos y a las frases útiles en la competencia electoral pero inútiles y engañosas si se realizan al margen de la movilización popular.

LA AGENDA ESPECIFICA

Hambre, enfermedad y desempleo: esta es la agenda inmediata. Exige demanda de servicios y cambio radical de una política económica que, entre otras cosas, encarece la vida y reduce el empleo. Esto se expresa tanto en demandas sectoriales, de gremios específicos, como en banderas unificadoras. Nuestros antecesores lucharon a principio de siglo contra el alza de las subsistencias ¿por qué no repetir una gran jornada sobre este tema que nos une a todos "los de abajo"?

En la agenda de los servicios elementales un tercio de Lima lucha por el agua y muchos que ya tienen conexiones demandan otra racionalidad en el corte o más bien racionamiento hoy existente para las áreas populares. Muchos más demandan contra el alza de tarifas o por la ubicación de una tierra apta para hacerse un techo. Debe lucharse por todo esto exigiendo la aprobación de la nueva Ley de Municipalidades, luchando contra todo el esfuerzo que se hace por recortar las atribuciones y rentas municipales. Obviamente esta lucha debe aguijonear a todo municipio que se duerma.

Pero está en la agenda, también, la defensa de los derechos humanos y de los intereses de la Patria. En lo primero el caso de Uchuraccay es un símbolo que deberá unimos para expresar nuestra protesta y nuestro rechazo, a la vez que nuestra demanda de un justo esclarecimiento. En lo segundo, es urgente ya hacer un balance de cómo el acciopepecismo ha depredado este país para ponerle freno antes de que sea demasiado tarde.

Cual solícito recluta al grito del sargento, Molinà acudió al llamado de Noel. En el apuro se "olvidó" de comunicar al fiscal, a su secretario Mauro Chuchón, y al médico legista. Antes de partir para Uchuraccay, abrió instrucción "contra los que resulten responsables". Esto último es procesalmente improcedente ya que toda investigación judicial debe personalizar a los presuntos culpables.

Su visita a la comunidad fue algo así como un paseo campesino. No tomó declaraciones a nadie, no ordenó ninguna captura, no hizo ninguna investigación.

En casa de Fortunato Gavilán encontró el hacha homicida y restos de sangre y masa encefálica de uno de los victimados, pero no dispuso que se detenga al ahora escondido gobernador. Tampoco lo hizo con Ramón Cabrera, alrededor de cuya vivienda existían huellas de violencia. No indagó entre los comuneros que tenían sus chozas cerca de la ubicación de las tumbas de los periodistas, y ni siquiera preguntó por los nombres de los dirigentes comunales.

El acta de la diligencia fue elaborada por una persona anónima, pero, a pesar que no había estado presente, fue firmada por Chuchón.

Y OTRO... TAMBIEN

Molina fue reemplazado por Flores Rojas, pero el cambio no fue en la calidad. El nuevo juez ha demostrado carecer de la suficiente competencia para realizar una investigación exhaustiva, ha tolerado pasivamente numerosos atropellos del general Noel contra el cabal desarrollo del proceso, e incluso ha dado muestras de falta de imparcialidad. Todo esto le valió la recusación de los deudos de las víctimas, pero sus colegas de la Corte Superior de Ayacucho le ampararon y continúa hasta hoy al frente de la instrucción.

Flores Rojas fue nominado para hacerse del caso el 2 de febrero, pero recién se presentó en Uchuraccay nueve días después. En esa ocasión se topó con la comunidad en pleno, reunida con la "comisión investigadora". Entonces, en vez de aprovechar la oportunidad para interrogar a los testigos y actores, hizo un alto en sus funciones y se dedicó a contemplar el acto.

Entre el 9 y el 14 de mayo estuvo por segunda y última vez en la localidad iquichana. Daniel Chocque Ayala le confesó ser uno de los asesinos, pero él no ordenó su inmediata captura.

En aquella oportunidad, interrogaba a los comuneros en forma tal que les inducía a determinadas respuestas. A Dionisio Ramos, regidor mayor de Uchuraccay, le inquirió: "Preguntado, para que diga por qué razón los mataron a los periodistas equivocándose como terroristas".

A pesar que diversos campesinos le revelaron que días antes de la masacre una patrulla militar policial los incitó a matar a cualquier extraño, Flores Rojas

no estimó conveniente esclarecer la participación de los uniformados en el crimen. Por eso es que ninguno de estos figura como inculgado.

En otra muestra de negligencia, dio libertad incondicional a Celestino Ccente, uno de los principales sospechosos, cuya extraña muerte fue anunciada poco después.

Por otra parte, el juez asumió una actitud resignada ante la prepotencia de Noel, quien en reiteradas oportunidades le negó el apoyo que le solicitaba. Pudo entonces abrirle proceso por delito contra la administración de justicia, pero no lo hizo.

DE MUTILACIONES Y "DESAPARECIDOS"

Desde el primer momento el jefe de ese organismo demostró que no tenía interés en colaborar con la investigación. Innumerables oficios dirigidos por el magistrado pidiéndole la captura de los criminales y movilidad para desplazarse hasta Uchuraccay, quedaron sin respuesta o recibieron una despectiva.

Amparados por esa actitud, Fortunato Gavilán y otros inculcados fugaron de la comunidad. De otros, como Marcia Gálvez, Celestino Ccente y Silvio Chávez, se ha dicho que han muerto en extrañas circunstancias. Pero no existen acta de levantamiento de sus cadáveres ni partida de defunción de ellos.

Numerosas pruebas, entre estas cámaras y rollos fotográficos, permanecen aún ocultas. El juez sólo recibió un maletín y unas pocas pertenencias de los mártires a pesar que los comuneros declararon que éstas fueron íntegramente entregadas a las fuerzas subordinadas al Comando Político Militar. En condiciones aún no aclaradas, un rollo conteniendo vistas del último viaje realizado por los mártires, apareció en manos de "Caretas".

Existen evidencias de que el expediente judicial ha sido mutilado. A partir de la segunda foja se notan enmendaduras en la numeración, sospechándose que importantes documentos hayan sido sustraídos. El recurso de recusación contra el juez Flores también fue roto.

¿EL CRIMEN NUNCA PAGA?

Uchuraccay es ahora una comunidad fantasma. Muchos de sus integrantes la han abandonado. Panorama igualmente desolador presenta la investigación en torno al asesinato de los 8 periodistas.

A pocos días para que venza el plazo asignado a la instrucción, plazo que ha sido ampliado hasta en tres oportunidades en las que no se ha avanzado prácticamente nada, la perspectiva es francamente desalentadora. La resistencia del Comando Político Militar y del Ejecutivo a colaborar con la justicia, y la pasividad y complacencia del juez instructor, han abonado el terreno para que el delito quede impune. ¿El crimen nunca paga?



Dentro de sólo unos días se cumplirá un año de la masacre de los periodistas en Uchuraccay. Un año de una de las más terribles matanzas que hayan ocurrido en el país. ¿Qué reflexiones podría hacer Ud. doctor, Lumbreras, sobre este cruel suceso?

—Con todo lo doloroso y traumática que fue esa masacre, la muerte de los periodistas en Uchuraccay permitió poner en evidencia una situación que se estaba dando ya en Ayacucho y que, por lo que estamos viendo, todavía continúa. Una situación de violencia generalizada en la que están involucrados no sólo los sectores que, teóricamente, están enfrentados, como son Sendero Luminoso y las fuerzas policiales, sino también toda la población. La masacre de los periodistas denunció esa situación ante la opinión pública y, más aún, la puso al descubierto. A partir de esa terrible matanza, la gente comenzó a comprender que el problema no se circunscribía al enfrentamiento de dos grupos armados, por decirlo de alguna manera, sino que en él estaba involucrada, también, toda la población.

Tanto desde el lado de Sendero Luminoso como del de las fuerzas policiales, se estaba propiciando un enfrentamiento generalizado que el aparato estatal estimuló. En el caso concreto de Uchuraccay, se ve muy claro ese estímulo que condujo a la población a un enfrentamiento con consecuencias tan trágicas. Por eso, repito, con todo lo doloroso que fue la masacre, con todo lo funesta y trágica, ese hecho fue el punto de partida que nos permitió abrir los ojos a una situación de violencia generalizada en la región.

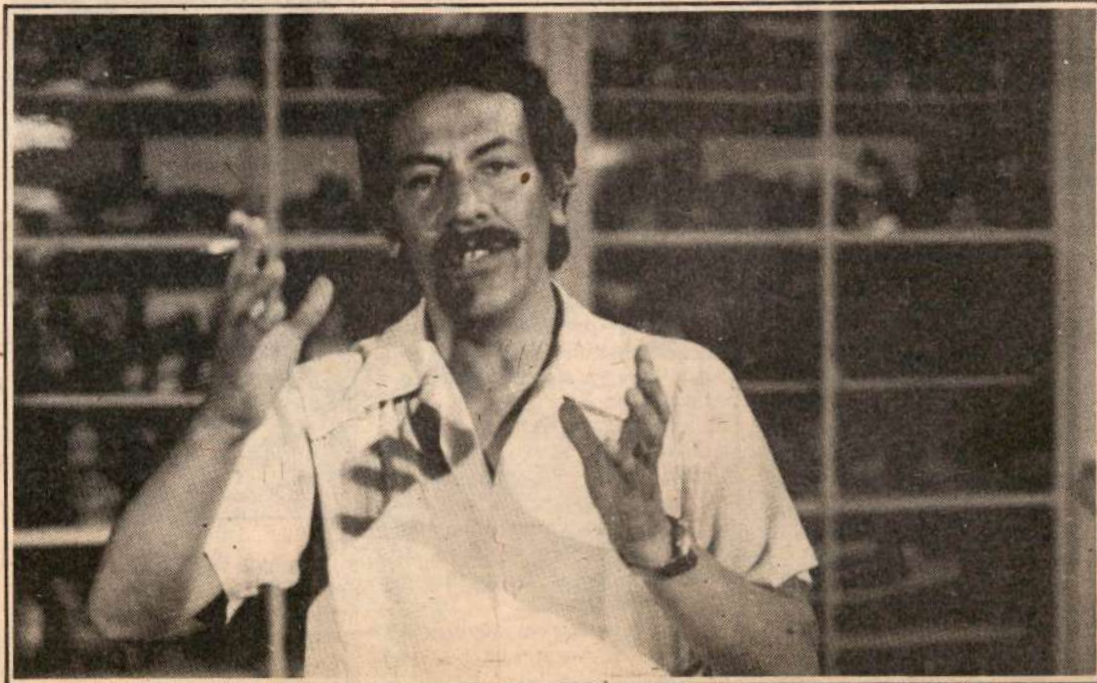
—¿Cuáles son las condiciones en las que viven los comuneros de la región?, ¿por qué su apego a la violencia? ¿Cuál es el marco histórico en el que se desenvuelven?

—El territorio donde se opera esta situación de violencia es una zona afectada seriamente por un proceso histórico de creciente convulsión que, desde luego, no se inicia ayer. Es un proceso muy largo de enfrentamientos, de insatisfacciones, de frustraciones: un proceso de desequilibrio entre una situación nacional afectada por un sistema de desarrollo ajeno a nuestro proceso histórico. Una situación que condujo a las comunidades campesinas a un nivel mucho más bajo de lo que puede llamarse, ahora, subdesarrollo. Esto generó no sólo grandes insatisfacciones dentro de la población, sino también una contenida situación de protesta que se ha ido expresando a lo largo de todos estos años a través de diversas manifestaciones, de alzamientos, de acciones violentas, que no son nuevas en Ayacucho. En 1965, en 1968, en 1969, en 1974, ha habido toda una serie de acciones que indican que esa zona estaba en un proceso de acelerado crecimiento de una actitud de rebelión frente a la opresión y olvido sistemático en que estaba la región.

Luis Lumbreras

Así es Uchuraccay

Luis Lumbreras es uno de los intelectuales con mayor predicamento en el país. Es, además, un profundo conocedor de la realidad ayacuchana. Tanto por haber nacido allí, cuanto por haber ejercido la docencia en la universidad huamanguina durante varios años. Se puede decir que es un experto en la materia; y así lo demuestra en esta entrevista en la que nos descubre mucho de lo que desconocemos de este Perú profundo y mayoritario.



Quienes han trabajado en la región saben que ésta es una zona que tiene conflictos de diverso tipo y que provienen desde la Colonia.

Las comunidades campesinas, por ejemplo, no se encuentran constitucionalmente, por decirlo así, ligadas a una situación de equilibrio interno. Entre ellas existen conflictos muy serios respecto, por ejemplo, a posesión de tierras. No sólo a conflictos de posesión de tierras muy concretos (diferencia de linderos o cosas por el estilo), sino conflictos asociados, por ejemplo, a factores étnicos, viejas diferencias entre las comunidades, en algunos casos, hasta referidas a cuestiones mágico-religiosas. Gran parte de estas comunidades tienen procesos judiciales entre ellas mismas que están durando siglos. Yo soy testigo de la existencia de expedientes que datan de los siglos XVI, XVII y XVIII sobre problemas de diverso tipo entre las comunidades, o entre comuneros y hacendados, o entre comuneros y jalas.

Hay toda una serie de conflictos que cuando se presenta la oportunidad de resolverlos, de alguna manera generan formas de violencia como las que actualmente se dan.

El caso de los comuneros de Iquicha es singular. Los iquichanos, es decir, los que viven en Uchuraccay, Huaychao, etc., tienen conflictos más viejos. La existencia de la violencia es allí parte, en cierto modo, de su

propia cultura.

Esa gente vive en zonas muy difíciles. La gente de altura, a la que los habitantes de los valles llama "chutos", son gente que tiene una vida muy dura y que enfrenta condiciones de opresión muy fuerte. Es constantemente agredida y tiene que estar preparada para defenderse. Y ejerce esa defensa cada vez que se produce la agresión.

Las agresiones parten del poder económico, del poder político, pero también de las otras comunidades. Porque, con mucha frecuencia, tenemos una imagen idílica de lo que es la comunidad campesina que no es del todo exacta. La comunidad campesina tiene sus propios conflictos. Normalmente, son conflictos de tierras. Pero también hay otro tipo de conflictos. Conflictos ligados, por ejemplo, a vendetas de tipo tradicional y que vienen de siglos. Hay rivalidades étnicas que son bastante fuertes, en algunos casos.

Por ejemplo, la rivalidad entre la gente del valle (los huantinos) y la gente de las alturas (los iquichanos) es aguda y vieja.

Permanentemente agredidos, los iquichanos, para defenderse, han tenido que recurrir a expresiones de violencia muy concretas. La gente que va a las comunidades va a quitarles algo. O van a quitarles o van a robarles o van a presionarles para que hagan trabajos forzados. Van a llevar gente para que sirvan en el Ejército o para servir a los hacendados. La agresión es perma-

nente y se produce con gran violencia.

La violencia contra los campesinos no es la violencia que se ejerce contra la gente de la ciudad o de los valles. Los campesinos son agredidos constantemente por las autoridades de todos los niveles: los policías, los gobernadores, las autoridades colocadas por los gobiernos nacionales que cumplen un rol muy represivo, muy violento en relación con los campesinos.

El campesino es una persona desposeída de cualquiera de los derechos que nosotros, en la ciudad, estamos en condiciones de reclamar. Ellos no son poseedores reales de los derechos cívicos de los que gozamos, normalmente, todos los demás. Cuando un campesino se quejaba contra un hacendado, era sometido inmediatamente a rigor y sufría hasta carcelería. Porque los hacendados tenían el poder real y, obviamente, el campesino ninguna posibilidad de defensa.

—¿Los comuneros de Uchuraccay fueron azuzados para cometer la masacre o reaccionaron de modo tan feroz dentro de ese mecanismo de defensa, de auto-defensa?

—Es una combinación de ambas cosas. Yo diría que la ferocidad con la que ellos presumiblemente actuaron es el resultado de ese mecanismo de defensa. La acción misma creo que es el resultado de una conducción. Yo creo que allí ha habido estímulo, no sé si azuzamiento. Pero estímulo sí. Estímulo de varios ti-

pos. Estímulo de sentirse ellos defensores de los intereses del patrón, que en este caso es el Estado, representado por los Sinchis o los Infantes de Marina. Estímulo, también, frente a la posibilidad de recibir premios por la acción. Estoy seguro que cuando ellos ejecutaban la matanza, creían que estaban haciendo un acto de justicia. Y obviamente el grado de ferocidad fue estimulado también.

—¿Son tan fieros, tan crueles, los comuneros de Uchuraccay como para haber cometido ellos solos tan terrible crimen? ¿Cómo explicar tanta ferocidad?

—Yo creo que el problema pasa por varias cosas. En primer lugar, hay que tener en cuenta la psicología de masas que es general a todos los pueblos. Recordemos lo que el pueblo italiano hizo con Mussolini. Recordemos lo que pueblos —digamos ultracivilizados— hicieron a través de las masas colectivas. Cuando se comete un asesinato colectivo se pierde la dimensión real de las cosas.

¿Cómo fue muerto Ricardo II, cómo fueron muertos personajes odiados por las masas? Se puede llegar a límites absolutamente increíbles.

Yo creo que éste ha sido un acto de masas inducido no por uno, dos o tres comuneros. Aquí ha habido inducción y hasta conducción de las fuerzas policiales. Porque de otro modo yo no entiendo por qué los testigos se han muerto de dolor de estómago o por desbarrancamiento. Es curioso, pero todos los que han participado en la masacre han muerto. Esto me parece extrañísimo, porque yo no creo que Sendero tenga una capacidad tan grande como para hacer desaparecer a testigos. Además, no creo que Sendero haya "ajusticiado" precisamente a quienes eran sus testigos de descargo. Porque se supone que la agresión era contra ellos.

Pero la historia juzgará los hechos, tal como está ocurriendo ahora en la Argentina, donde a partir del gobierno de Alfonsín se ha empezado a juzgar a quienes utilizando el poder y la fuerza que la sociedad les da para ejercer un control de equilibrio, utilizan ese poder y esa fuerza para promover la agresión y la lucha hasta niveles increíbles.

En el caso de Uchuraccay sucederá así. Yo no creo que ese crimen quedará impune. Tal vez el esclarecimiento no ocurra en este gobierno, en esta etapa en la que se han liquidado a los testigos, se han destruido las fuentes de información básica. Pero la historia hará el juzgamiento definitivo. Vamos a ver qué pasa con los gobiernos que vienen. En el Gobierno más próximo. Vamos a ver el nivel de moral que tendrán quienes nos gobiernen. Este gobierno está comprometido con esta situación y, obviamente, no va a tener capacidad de juzgamiento riguroso. Pero yo estoy seguro de que en algún momento la justicia llegará.

—Mucho se ha esgrimido, doctor Lumbreras, el factor de incultura como uno de los elemen-

tos que habrían empujado a los comuneros para cometer la matanza.

—Así es. Pero ése es un argumento totalmente falaz. No existe incultura, sino distintas formas de cultura. Con frecuencia se considera que los campesinos tienen una manera de ver las cosas diferentes a la nuestra. Que son personas que operan así porque son analfabetos, porque no saben o no tienen los conocimientos de ciencia o arte que nosotros tenemos. Pero ocurre que ellos tienen, en general, una cultura muy alta, muy elevada, muy desarrollada dentro de sus propias perspectivas y sus propias posibilidades de solución de sus problemas. Y dentro de la cultura campesina no existe internalizada esa forma de violencia que se expresó en Uchuraccay. Esa masacre no está dentro de la cultura de ese sector. Está la violencia. Porque la violencia está en un pueblo que es ferozmente oprimido desde hace siglos y que no encuentra salida. Nosotros tenemos formas de protestar y apelamos a ellas aunque después nos apaleen. Pero tenemos canales de protesta. Ellos no. Por eso es que se expresan a través de formas de violencia distintas a las nuestras. Nuestra forma de violencia puede ser, de repente, la protesta, la salida a las calles, los mítines, la huelga. Ellos tienen otras formas.

—¿Dónde falló la comisión Vargas Llosa? ¿Cuáles fueron sus flaquezas, sus errores? Porque, evidentemente, su informe ha sido inútil.

—Creo que no hubo una actitud científica y serena de esa Comisión. Creo que hubo un compromiso, no creo que formal, pero sí un compromiso de conciencia. Es decir, una manera de ver las cosas. Yo no creo que Vargas Llosa haya ido, por ejemplo, con la intención de engañar. El señor Guzmán es un personaje totalmente inocuo con un pensamiento de derecha muy definido, con gran incapacidad para ver las cosas. Creo que en la Comisión ha habido gente muy honesta dentro de sus perspectivas. Pero con un compromiso muy concreto frente al proceso histórico nuestro. Ese compromiso toca con varios puntos. En primer lugar, ignorancia de lo que es este país. Este país está lleno de Uchuraccayes. Uchuraccay no es un caso aislado y único. Nosotros tenemos Uchuraccayes que van desde la frontera con Bolivia hasta la frontera con el Ecuador. A lo largo de todo nuestro país hay zonas que están en condiciones similares a las de Uchuraccay, donde la gente tiene, también, una violencia contenida.

Yo no entiendo cómo los miembros de la Comisión han podido dialogar con gentes que no hablan su idioma. Yo creo que Vargas Llosa es un literato notable de la lengua española, con una concepción hispánica del mundo, seguramente muy seria, pero hispánica al fin. Una manera de ver este país desde el lado de la clase media limeña, de la clase media alta; inclusive, un

sector de la burguesía comprometida con un esquema particular del Perú. Ha habido una parcialización de principios. No digo que hayan ido con la intención de ser parciales. Creo que ellos han ido con la intención de ser lo más justos y objetivos posible.

Su debilidad está en eso precisamente, porque su objetividad deriva de su manera de ver las cosas. Yo creo que en todo lo que se hace están metidas las vísceras de uno. Y las vísceras quieren decir todo lo que uno es. El informe de la Comisión es expresión de una manera de ser.

Enviaron a tres antropólogos que no hablan quechua; que, además, están dedicados al estudio de las superestructuras. Son especialistas en el estudio del mesianismo, del mito, de la religión. Están, además, dentro de una corriente filosófica muy definida, que es la estructuralista. Se han analizado las cosas desde esa perspectiva. Y esa perspectiva les ha impedido ver todo el conjunto de problemas que subyacen debajo de este mundo de las superestructuras. Entonces, los análisis han sido ajenos a los problemas concretos de orden económico, a los problemas cotidianos, reales, concretos que se dan dentro de las comunidades indígenas.

Lo que ocurre es que la comisión se formó desde el punto de vista político ideológico. Es decir que se escogió a personas para que, de alguna manera, justificaran el sistema.

El resultado ha sido un informe absolutamente inocuo, inodoro, impreciso e indeciso que no tocó los problemas de fondo.

Los miembros de la Comisión han estado una o dos horas en Uchuraccay. No han podido hablar con los campesinos. Pero claro, qué van a poder hablar. Ha sucedido exactamente como con las comisiones que mandaba el Virrey en la época de la Colonia. Yo veía a Vargas Llosa y a los otros miembros de la Comisión disfrazados de representantes del Virrey del Perú. Gente que habla castellano, que piensa de una manera distinta, enfrentando a situaciones que no entendía, que no podía entender. Ya me imagino el susto que deben haber pasado cuando los campesinos comenzaron a lanzar su consigna de ¡basta! Es decir, esto hasta aquí nomás.

—El fuego de la violencia no se ha apagado. Por el contrario, se han sucedido las matanzas, los sangrientos enfrentamientos en Ayacucho. ¿Por qué? ¿Por qué este clima de violencia, al parecer inacabable, precisamente en esa región?

—Por ser ayacuchano y haber vivido mucho tiempo fuera de Ayacucho he tenido la opción de ver las cosas desde dos ángulos.

Por ser hijo de hacendados tuve la oportunidad de ver cuál era el tratamiento que la sociedad daba al indio. Ese es el nombre con el que se le conocía. Yo fui enseñado a despreciar al indio. Yo de indígena tengo bastante, cosa que ha descubierto aquí en Lima y adulto. Pero para mí era

un insulto que me dijeran que yo tenía algo de indio.

El esquema en Ayacucho era una relación de profundo desprecio por el indio al punto que el indio debía sentirlo. El indio no debía entrar a determinados lugares, la discriminación social era feroz. El indio, desde luego, es una categoría étnica más que racial. En Ayacucho hay indios de ojos azules. Son indios por la manera como visten, por la situación social en la que están, por la lengua que hablan, por su ideología, etc.

Esta situación prevalecía en 1959, año en el que comenzó a funcionar la Universidad de Huamanga. Esta situación hacía de Ayacucho una especie de museo de la Colonia. Ayacucho, en realidad, era una región fósil. Fósil colonial. En Ayacucho las gentes pasaban por la Catedral y se arrodillaban y persignaban. Cuando tocaban las campanas de la Catedral, al mediodía, la gente se arrodillaba y persignaba y rezaba el Angelus. A las 6 de la tarde, igual. Era una ciudad francamente monacal y evidentemente feudal. Los hacendados tenían el poder, el ejercicio del poder, de la justicia. Ellos decían que indio era ladrón, que indio no era ladrón. Decidían sobre el destino de los hijos de los indios. Repartían a los hijos de los indios. Repartían a los hijos de los indios entre sus compadres, sus amigos, para que les dieran el servicio doméstico. Era una situación, a la luz de nuestro tiempo, intolerable.

En 1959 la Universidad, que había sido cerrada por Cáceres acusada de subversiva, fue reabierto.

La Universidad formaba estudiantes, pero a la vez desarrollaba trabajos de investigación y hacía participar a la comunidad.

Esto generó de inmediato una reacción de parte de los sectores más conservadores de la ciudad, los sectores dominantes: los comerciantes de origen extranjero (turcos, judíos, japoneses) y el sector de hacendados y ex hacendados.

Estos dos sectores comenzaron a sentirse afectados cuando los indios se interesaban en la Universidad.

La Universidad empezó sus trabajos de proyección social con cosas tan simples como hacer censos entre los artesanos, por ejemplo.

Los sectores populares, los artesanos por ejemplo, y muchos campesinos vieron la oportunidad de enviar a sus hijos a la Universidad.

Y ésta comenzó a interesarse en los problemas de la comunidad, sin ningún pensamiento de activismo político.

En esos momentos —comienzos de la década del 60— hay una convulsiva situación política internacional. La revolución cubana conmueve a todos y en el Perú se procesaba un gran movimiento en el campo en pro de la reforma agraria. Hugo Blanco forma los sindicatos en La Convención. En Jajuza hay un levantamiento jefaturado por el teniente Vallejos. Javier Heraud muere asesinado. Hay tomas de

tierras por todas partes y un alzamiento campesino generalizado. En Ayacucho también, aunque con menos fuerza, porque había un mayor atraso de desarrollo político.

La Universidad comienza a diseñar programas de desarrollo. Se arma un programa de antropología social aplicada y se ensaya un programa en Catagallo. Esto posibilita que los estudiantes traten los problemas de su propia realidad. Y la comunidad empieza a tratar sus propios problemas en términos antropológicos. Es decir, a entender que hay clases sociales, que hay organización social, a conocer qué son las relaciones económicas de producción, cómo se maneja la producción, etc. Los propios dirigentes de las comunidades comienzan a darse cuenta que, partiendo de ellos mismos, puede plantearse y realizarse otro tipo de desarrollo. Todo esto es convulsivo.

Ello genera una situación muy particular de reacción en una región superatrasada que determina que hacia 1964 se forme la Federación Departamental de Campesinos y el Frente de Defensa del Pueblo. Este surge como frente de la defensa de la Universidad ante el recorte de rentas que sufre ese centro de estudios. La gente de los mercados, de las comunidades, los artesanos, forman un conglomerado organizado para defender a la Universidad. Esto es insólito y convulsivo.

Hacia 1965 hay el levantamiento guerrillero. Hay participación de elementos de la Universidad y es un poco el punto de partida de esto que se llama Sendero. Desde luego es un punto de partida en términos muy generales. Las características de esas etapas son muy distintas y los planteamientos también.

Las condiciones de vida no mejoraron en Ayacucho. La convulsión se acentuó. Ayacucho es, como casi todo el Perú, una zona de desarrollo por conmemoraciones. Cada vez que hay que conmemorar algo se hacen obras de infraestructura. Pero la situación económica sigue igual.

La Universidad, entre tanto, se había orientado hacia la realidad ayacuchana. No formaba ingenieros agrónomos, formaba ingenieros rurales, es decir, gente que pudiera hacer casas, caminos, canales, puentes. No formaba médicos, sino sanitarios, obstetras, enfermeros. No formaba ingenieros de minas de alto nivel, sino ingenieros que pudieran hacer prospección geológica y minera. Es decir, gente que fuese útil dentro de la realidad concreta. Esta gente fue a trabajar a las comunidades. ¿Qué elemento puede ser más subversivo en una zona con 500 años de atraso, que aquel que se da cuenta que tiene, por sí mismo, la posibilidad de cambiar y hacer cambiar? No hay elemento más fuerte de subversión que el contacto con la realidad y la autoconciencia de la situación de opresión, de dependencia, etc.

Yo creo que ésas son las condiciones básicas dentro de las cuales Sendero, Juan Pérez, el

APRA o Juan Gómez hubieran alzado a esa región. Yo creo que es una especie de vaso de agua que se va llenando y llenando y que está hirviendo y que, finalmente, se desborda. Junto a eso hay la coyuntura de que un grupo de personas, no sé cuántas, organizadas en torno a Abimael Guzmán, en torno a Sendero, gente que conoce los problemas de la zona, asume la conducción del movimiento. Igual hubiera ocurrido con cualquier otra organización. La subversión no es provocada por un grupo de personas. Es el resultado de algo mucho más profundo. Porque sino ya no hubieran guerrilleros en estos momentos. Y esto no ha ocurrido, entre otras cosas, porque la política represiva que se utiliza, lo que hace es sublevar más a la gente. Subleva las conciencias.

—Las Fuerzas Policiales y las Fuerzas Armadas fueron enviadas a la zona de Ayacucho a pacificar, a "imponer" la ley y el orden. Pero no han tenido éxito, pues la violencia se ha incrementado.

Efectivamente, han desatado más violencia. En términos históricos, el comienzo de todo esto es de responsabilidad de la conducción política militar que dio Sendero al movimiento y que la historia juzgará. Pero la responsabilidad de la multiplicación de esta violencia y del carácter que ésta ha asumido es responsabilidad estricta de una estrategia impuesta por quienes tienen nuestra representación para imponer el orden.

Los militares tienen las armas porque nosotros las hemos entregado para que hagan respetar el orden. Y ellos lo que están haciendo es generar un proceso sucesivo diez veces más violento. Estamos frente a una situación dramática similar a la de El Salvador. La gente en Ayacucho está llena de pánico. Y lo que yo veo es que le tiene más miedo a los "sinchis" que a los "terricos". Le tiene pánico a las fuerzas policiales, a las fuerzas armadas, a las que consideran violadoras de las normas de humanidad. No las consideran casi como seres humanos. Y desde luego, le tienen miedo también a los otros.

—Y el sacrificio de los periodistas mártires, ¿de qué sirve?

—Aunque suene muy extraño, la toma de conciencia de todo esto es el resultado del holocausto de los compañeros periodistas. Porque sólo a partir de allí hemos comenzado a mirar lo que estaba pasando. Porque hasta ese momento, todo parecía que eran petarditos que se lanzaban de un lado a otro. Y que aparecían muertos por aquí, tres, cuatro y que todos eran guerrilleros. Pero cuando vimos que gente absolutamente inocente es muerta, entonces, se nos planteó la tremenda interrogante de si otros inocentes, también, estaban muriendo como murieron ellos.

La entrevista que publicamos se debe a una cortesía de la revista Cuadernos Peruanos, cuyo número cuarto es de inminente aparición.

fume le correteó la nariz.

Bajó, paró un taxi y dictó la dirección. El auto se introdujo a la avenida Salaverry, vaciló en el cruce con Pershing y finalmente se estacionó frente al gran edificio que ocupaba el espacio en que antes —mucho antes— se alzaban las tribunas de las carreras de caballos. “Carajo”, pensó Clarissa en perfecto castellano. “Es el Ministerio de Marina”.

La introdujeron a un saloncito de paredes enmaderadas. Sobre una mesita de centro había un cenicero cóncavo. Al fondo se distinguía un ancla dorada y Clarissa extrañó sus Gitanes.

Poco después se abrió una puerta y a lo lejos distinguió un inmenso escritorio. Tras él se parapetaba un hombre alto que se acababa de poner de pie. El hombre alargaba una mano y con ella le señalaba una silla frente al escritorio.

Clarissa se acomodó y sintió la sonrisa del hombre. Vestía el saco negro y cruzado de los oficiales de la Marina de Guerra del Perú. El cuello blanco de la camisa se le interrumpía en una corbata también negra, el pelo y el bigote eran castaños y los ojos eran azules como la blusa de Galeirías Lafayette. Casi Robert Redford, pensó Clarissa mientras el oficial seguía sonriendo.

—Doctora, hemos leído con mucho agrado el currículum que nos envió. Debe haber sido muy interesante su estadía en París. Conozco Francia y sé que como la cultura francesa no hay.

—Ah, ¿ha estado en París?

—Bueno, en Marsella, pero como usted sabe la cultura francesa es universal.

—Sí pues.

—Vea doctora, qué interesante también su experiencia en las comunidades campesinas. Qué importante debe haber sido para usted ese contacto directo con las realidades del país; un país, lógicamente, por el que todos tenemos que colaborar, cada uno según nuestra especialidad.

La doctora empezó a sentir que casi Robert Redford se le desmadejaba.

—En realidad, era un trabajo de campo obligatorio para mi graduación. Pero sí, para un antropólogo es muy interesante.

—Justamente doctora, la antropología, el estudio del hombre, la gran ciencia. Yo siempre me pregunto ¿si no conocemos al hombre, cómo queremos conocer al país? Cuestión de lógica, ¿no le parece?

Clarissa iba a responder sí pues, pero prefirió el silencio. Sin dejar de sonreír, ex Robert Redford se puso serio y le clavó los ojos-Lafayette.

—Doctora, ¿cómo haría us-

ted para bombardear a una población?

—¿Perdón?

—No, bueno, estoy hablando en términos, en términos, en términos...

—¿Figurados?

—Ajá. Lo que quiero decir es si se podría inocular ideas a una determinada población. Por decir, hacerle cambiar de mentalidad.

—Bueno, justamente, primero habría que conocer esa mentalidad. Habría que hacer un trabajo de campo, que puede ser un estudio más o menos largo y luego evaluarlo y hacer una especie de diagnóstico.

—Exactamente, doctora, lo mismo pienso yo. A veces es difícil hacer entender que estas cosas deben ser científicas y que las cosas científicas necesitan tiempo.

—¿Hacer entender a quién?

—Bueno, usted sabe doctora. Todas las instituciones del país tenemos la obligación de conocer la realidad nacional, para entender mejor al Perú, para que nuestro pueblo mejore. Como es lógico, nosotros también tenemos que hacer nuestro trabajo de campo, obtener la información que se necesita. Pero ese trabajo de campo tiene que ser bien hecho, científico.

—¿Y?

—Y entonces doctora, queremos que una persona de su nivel, de su preparación, nos asesore antropológicamente, revise las investigaciones, les dé forma científica.

Clarissa ya había decidido no aceptar. Cuando el oficial empezó a ofrecer sueldos ella empezó a regatearlos hasta que el hombre se rindió:

—Ya doctora, doscientos cincuenta mil y no se olvide que es por la patria.

—Sí, por supuesto. Pero yo como tres veces al día.

—Sí pues... ustedes saben lo que valen.

Cuando Clarissa salía le hizo, desde la puerta, un leve despedido al oficial. Mientras caminaba dándole la espalda, anti Robert Redford le había observado el negro corduroy. Clarissa tuvo que escucharlo una vez más.

—Es una lástima, pues doctora. Permítame decirle que la foto del currículum no le favorece, no le hace justicia al natural.

“Qué cojudo”, pensó nuevamente en castellano la doctora Bunder. “Es una foto tamaño carnet”.

Regresó a su casa y allí la esperaba la taza de café, intacta y fría. Clarissa la contempló filosóficamente y pensó —muy a la francesa— que acababa de protagonizar un pequeño capítulo de las relaciones entre los intelectuales y el poder. Podía tener razón. Pero —aunque no lo sabía— las cosas eran más prosaicas. Simple y llanamente, no había sido reclutada por el Servicio de Inteligencia de la Marina.

Libros

Zavaleta, los Ingar y los mistis

Vicente Della Casa



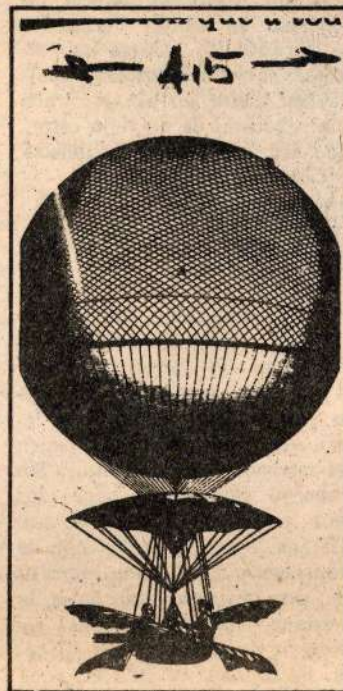
Concluía la década del 40 y nuestro mundo literario, moroso y provinciano, conocía un activo interregno: escritores jóvenes, deseosos de emanciparse de la tutela de Ciro Alegría y José María Arguedas, se volcaban hacia las técnicas modernas, le imprimían un sello lírico a su escritura o indagaban por nuevos temas en los hervideros marginales.

Eran años de editoriales efímeras, de bohémias nocturnas y descontento ante una sociedad que marcaba el paso al compás del corrupto odriísmo; contra la corriente, los estudiantes se orientaban hacia el APRA o el PC, recordando con alguna nostalgia los tres años de Bustamante y Rivero, pero los poetas se mostraban políticamente más entusiastas —por lo general— que los fieles a la narración.

Comenzada la década siguiente, los frutos comenzaron a verse: Enrique Congrains, Eleodoro Vargas Vicuña, Julio Ramón Ribeyro y Carlos E. Zavaleta entregaron sus primeras obras de importancia. Vista a la distancia, la llamada Generación del 50 (hablo tan sólo del dominio narrativo) no produjo una muchedumbre de talentos, pero nos ha dejado algunos corrientes importantes: el realismo urbano y el neoindigenismo, por lo pronto, datan de esos años.

En 1955, el ancashino Carlos E. Zavaleta editó el relato *Los Ingar*, cimentando un prestigio que venía ya de obras anteriores como *El Cristo Villenas* o de experimentos algo vanguardistas como *El cínico*. Aplicado lector de la nueva narrativa norteamericana, Zavaleta seguía con atención las lecciones de William Faulkner; en su momento, se le atribuyó una excesiva oscuridad y cobró fama de escritor “difícil”: hoy en día, Zavaleta resulta bastante accesible a cualquier lector que conozca al llamado “boom” latinoamericano. Los códigos estilísticos nuevos terminan siendo absorbidos por el público y se convierten, más temprano que tarde, en parte de la “competencia literaria” de los receptores.

Los Ingar, un tanto abusivamente, ha sido inscrito en la lista del neoindigenismo; la historia acontece en Corongo y el autoritarismo aldeano sirve de soporte a la anécdota, lo que sin duda ha determinado el rótulo



ligero que marca al relato. Sin embargo, en *Los Ingar* el campesinado indígena está casi ausente y el autor, obviamente, no pretende rescatar los valores de la cultura andina —como ocurre, magistralmente, en *Los ríos profundos*, novela de Arguedas que se publicó apenas un año después de *Los Ingar*.

¿Cuál es, entonces, el sector que la obra representa y a cuya posición adhiere? El beligerante Alberto, hermano del narrador Llica, contesta la pregunta con bastante claridad, al referirse al odio que el alcalde y el gobernador sienten por su familia: “Son así porque desean que los miremos. Nos envidian Tulpayoc, nuestras mujeres, nuestra casa; se mueren de la rabia porque desde el año pasado el diputado me pide que yo sea gobernador. Me ofrece el puesto. En cambio, ellos lo han comprado con regalos al subprefecto y velitas a San Pedro. Y no le gusta que no los miremos cuando pasan por las calles”. La numerosa estirpe de los Ingar pertenece, con claridad, al grupo de los “notables” del pueblo, de los “mistis”; el narrador —que recuenta desde la edad madura la historia del conflicto entre los principales del pueblo— adopta el punto de vista de la familia y exalta al coraje y al orgullo como sus valores principales. El disgusto que le produce la actitud quejumbrosa de su madre —con la

cual tiene un vínculo ambiguo de amor y odio alternativos— se relaciona directamente con esta simpatía por un código de honor en el que se unen el machismo y la autoconfianza del propietario; las mujeres que cubren roles positivos (como Dolores, la conviviente de Alberto), adoptan rasgos “masculinos” de independencia y capacidad de decisión: el mundo ficcional está regido por los hombres y este dato no es examinado críticamente, sino implícitamente aprobado.

Los Ingar sigue un esquema lineal y progresivo bastante eficaz: la riña callejera y el pleito doméstico del primer capítulo preparan la lucha contra las autoridades del pueblo y la revuelta final; la violencia se enseorea de la obra y se expande intensamente por toda ella. Por otro lado, el estilo del narrador se define por su temple lírico, evocativo, unido al recuento “objetivo” de los acontecimientos; el registro “literario” de Llica permite establecer relaciones entre los discursos de éste y el de los otros actores: los Ingar hablan en correcto castellano mientras que personajes como el Huejti (una de las autoridades enemigas, junto al alcalde don Pedro) resultan ridiculizados por su dejo inconfundiblemente teñido por el quechua; subrepticamente, la obra postula a la norma culta española como indicio de rasgos personales positivos, mientras que la norma andina caracteriza a seres despreciables. Los indios, por su parte, guardan un sólido silencio y se convierten en un tenue ingrediente decorativo.

A la larga, *Los Ingar* se nos presenta como un caso sui-generis de literatura “misti”; no hablo, por cierto, de la intención consciente del autor, sino de los resultados textuales. Ello no implica desconocerle méritos ni condenarlo, lo que supondría deslizarse al estilo de los comisarios culturales; antes bien, por la consistencia con que asume sus presupuestos ideológicos y la madurez narrativa que revela (el narrador, por ejemplo, no traiciona en ningún momento los límites de su mirada “personal”), *Los Ingar* resulta el más homogéneo y logrado de los relatos de Zavaleta.

Los Ingar. C.E. Zavaleta. Lluvia eds., 1983.



La noches del 23 de noviembre de 1980 un pesado jumbo de Air France se posó sobre la pista del aeropuerto internacional Lima-Callao. Se posó, valgan verdades, con gracia y delicadeza, como correspondía a un avión francés. Tristes limeños que observaban el aterrizaje pensaron entonces que al abrirse la portezuela un chorro de buen olor se esparcía comparable bordeaux y energético camembert. Sí, justo lo que ya empezaban a vender las tiendas elegantes de Miraflores, pero mejor: el jet venía directamente de París.

Se abrió la portezuela y una ruma de mochileros empezó a atropellarse por las escalinatas. El jet no había hecho escala en Marruecos pero varios de ellos vestían bombachas que recordaban a algún sultán en decadencia. Otros parecían que no habían tenido tiempo de pasar por su casa antes de llegar al aeropuerto de Orly. Sí, del taller de mecánica directamente al jet: sus blue jeans mostraban con orgullo grasientas huellas de mil batallas. El más intelectual de los limeños que contemplaba la escena pensó entonces en un célebre profesor sanmarquino. De él se decía que usaba un gran saco de grasa con unos lamperones de casimir. Los tres tristes limeños no la vieron, pero entre la mancha venía Clarissa Bunder.

En el otoño Orly había vuelto la cabeza antes de abandonarse a las escaleras mecánicas que la llevarían al puesto de control. Atrás, tras los cristales, un barbudo se abrazaba a sí mismo. Por un instante, Clarissa pensó que era por el frío. Pero luego, cuando observó que el pobre barbudo arrugaba los labios hasta formar un huequito ridículo, se dio cuenta que se estaba despidiendo de ella. Pobre Jean Emille, pensó en francés. Clarissimá, le decía lánguidamente mientras ella hacía las maletas en su cuarto universitario del Boulevard Jordan.

Las escaleras la condujeron hacia un gendarme recién afeitado. Clarissa sintió entonces que ya empezaba a convertirse en Clara, como le decían sus amigos de Lima. Abrió sin mirar un breve cartapacio rojizo y de él extrajo el pasaporte. Era un rectángulo verde. Arriba había un pequeño rectángulo dorado. Y dentro del rectángulo dorado estaba escrito: República Peruana.

—Raro nombre, comentó el gendarme. ¿Su país se llama así, "peruana"?

—No, dijo Clarissa-Clara, se llama el Perú.

¿Y por qué en su pasaporte dice "peruana"?

—Bueno... porque así es el Perú, no se preocupe. En todo caso, peruana soy yo.

"Las tumbas de Uchuraccay"

José María Salcedo

José María Salcedo ha escrito "Las tumbas de Uchuraccay", libro de inminente aparición. En él reconstruye las circunstancias del asesinato de los ocho periodistas ocurrido en esa remota aldea ayacuchana. La obra, una crónica periodística que por momentos utiliza técnica de novela, se sustenta en hechos reales y testimonios. En el pasaje que ahora presentamos, como primicia, ni los personajes ni las circunstancias son pura coincidencia.

—Pero no creo que sea república, farfulló el gendarme mientras ponía el sello de salida.

Clarissa todavía sonreía mientras curiosamente el Duty Free. Allí devaneó unos instantes y finalmente compró un Madame Rochas

En el avión le sirvieron la cena. Había un pollito confuso entre camouflagé de perezil y pequeños espárragos de lata. ¡Agg! Pero sobre la esquina de la bandeja se erguía el bordeaux.

Era en realidad una botella chica, tapada por una chapita. No importaba. Clarissa la tomó del cuello, la balanceó ligeramente y la descolgó hacia las profundidades del bolsón.

Poco después descubrió, también sobre la bandeja, el triángulo plateado. Pensó en

la Santísima Trinidad y se dio cuenta que adentro latía el camembert. Lo tomó con todos los dedos de la mano derecha, le dio un envión que casi lo puso a la altura de las luces del techo, lo recibió en la palma y, esta vez suavemente, también lo introdujo al bolsón.

Poco después de la azafata desfiló por el pasillo. Los dedos de Clara hicieron alto, la azafata se detuvo y Clarissa le dijo: "Señorita, un cartón de Gitanes".

Cuando traspuso la aduana del aeropuerto de Lima, empezó a pensar qué iba a hacer con su título de antropóloga.

Las meditaciones duraron hasta julio de 1981. En la mañana del día diez vestía una bata casi transparente. Cruzó las piernas en el sillón de

mimbre de su pequeño departamento. La pierna derecha se le hubiera visto casi completamente si no fuera porque sobre ella descansaba el diario *El Comercio*. El inmenso papelote se le doblaba sobre la rodilla. Temió por un instante que la tipografía la entintara, pero qué absurdo, pensó, ahorita me meto a la ducha.

En *El Comercio* había un rectángulo tan sobrio como el propio periódico. Pedían graduados en ciencias sociales. Había que enviar el currículum incluyendo experiencias de trabajo en el campo y esperar la comunicación. Pospuso la ducha y empezó a redactar.

Post grado en París. Quechua. Trabajo de campo en Ayacucho. Sí, en 1974 había vivido seis meses en una remo-

ta comunidad ayacuchana. Vivió sola en un cuartito de tejado de paja y, la verdad, la gente la veía rara. "Gringa, gringa," le gritaban los niños, y una vieja había comentado que era "jarjacha", el fantasma del pueblo.

Conoció a un joven profesor. Aunque hijo de comuneros, había trasegado las aulas de la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Qué raro, hablaba de marxismo-leninismo y era amigo de la comisaría. Ese es "Iskay-ulla", doble cara, le dijo un día la casera que le servía el almuerzo.

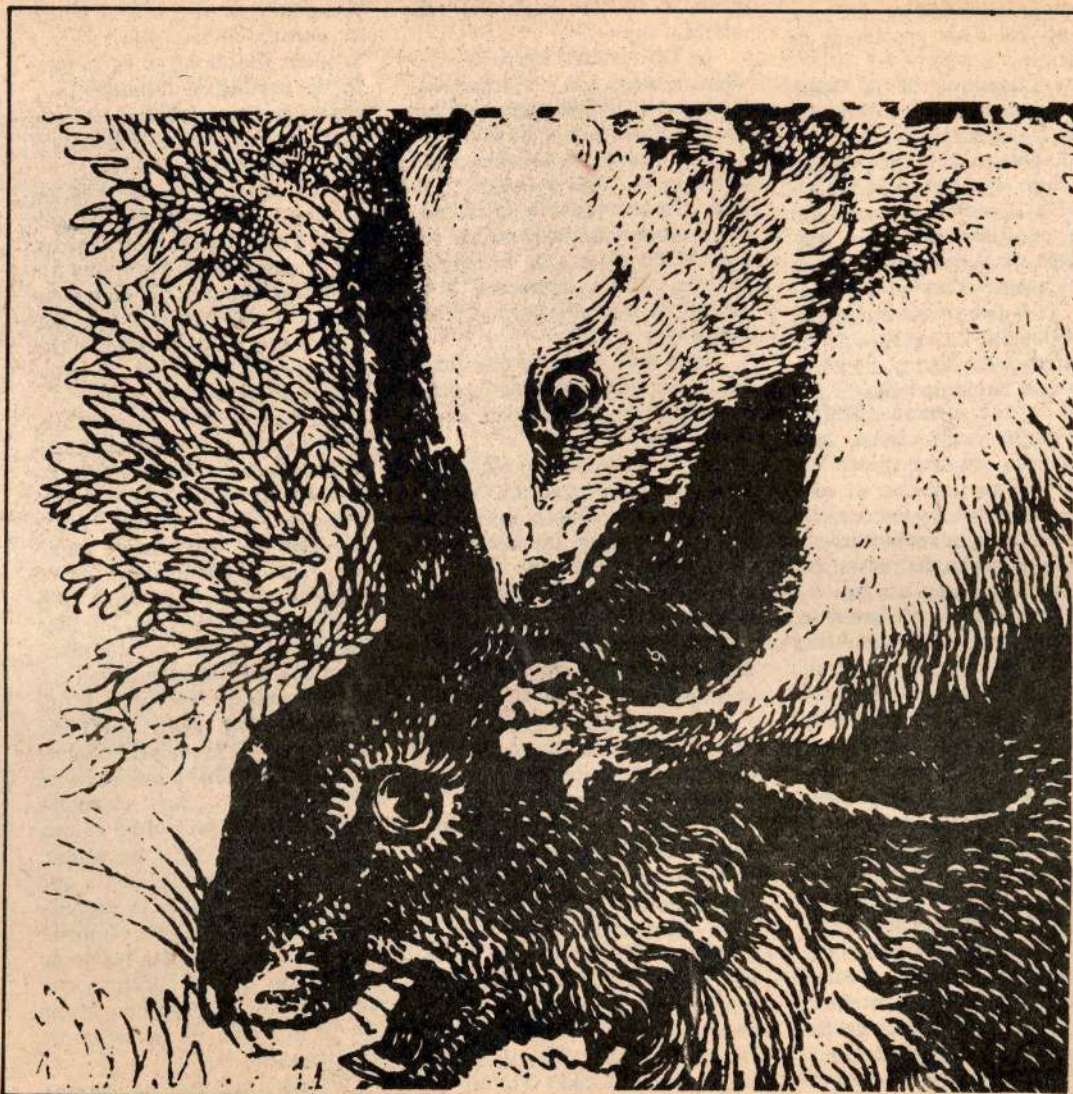
La verdad, la experiencia había sido formidable. El día que tomaba su ómnibus de regreso a Lima hubo pachamanca y la gringa bailoteó huaynitos. Ahora, todo eso era un currículum. Lo mandó y esperó. Poco después, una llamada telefónica le comunicó que podía acercarse a la entrevista personal.

El día de la cita salió de la ducha y los vapores del baño se mezclaron con los de la cafetera de la cocinita. Tomó la toalla húmeda y alivió al espejo de la película que lo cubría. Empuñó un borde de la toalla y se miró el rostro. Después se cepilló el pelo y con un viejo ganchito de carey se hizo la cola de caballo. Era rubia, se ondulaba ligeramente hacia el final, le despejaba la frente. Tal vez demasiado despejada, pensó, y acto seguido se rimeló las pestañas. Los ojos eran marrones y después del rimmel se le asustaron por unos instantes.

Aún desnuda, entró a la cocina y se sirvió el café. Luego se deslizó hacia el armario. Ropa francesa, eso necesitaba. Escogió un jean de corduroy negro y una blusa celeste. Luego dudó frente a la gabardina con la que había desembarcado del avión. Pensó que era demasiado y optó más bien por un chaleco granate con botoncitos negros.

Se vistió, se dio una palmada energética a la altura del botón dorado que le ajustaba el pantalón y se introdujo en unos mocasines de taco mediano y grueso. Sintió entonces que el jean le organizaba las caderas y volvió al espejo. Reparó entonces en el par de aretes que reposaban en una conchita capturada en la playa de Punta Negra. Por un instante los rozó con la uña, pero los descartó.

Sobre la repisa estaba el frasco de Madame Rochas. Lo destapó y lo cabeceó ligeramente con la mano. Un instante después se garabateó el cuello con el dedo índice y el per-



Cartelera

CINE CLUBES

Hoy, domingo, se proyectarán las siguientes películas: *Sospecha* de Alfred Hitchcock en el local de la YMCA (Bolívar 635, Pueblo Libre), a las 7.30 p.m. *Flashdance* de Adrián Lynne, en el auditorio de la Cooperativa "Santa Elisa" (Cailloma 824, Lima), a las 3.30, 6.00 y 8.30 p.m. *Gandhi* de Richard Attenborough, en el teatro "Pardo y Aliaga" (espaldas del Ministerio de Educación), a las 11.00 a.m., 2.30 y 6.30 p.m. *En nombre del pueblo italiano* de Dino Risi, en el auditorio "Antonio Raimondi" (Alejandro Tirado 274, cuadra 10 de la Av. Arequipa), a las 6.30 y 9.00 p.m. *El jugador de a perez* de Satyajit Ray, en el Museo de Arte (Paseo Colón 125, Lima), a las 6.15 y 8.15 p.m.

El cine club "Melies" presenta *Las fresas salvajes* de Ingmar Bergman, el sábado 28, a las 7.30 p.m., en la Av. Bolívar 635, Pueblo Libre.

Dentro del ciclo "Cine y ficción", el cine club Antonio Raimondi presenta en el auditorio del mismo nombre *Allien, el octavo pasajero* de Ridley Scott (jueves 26); *La guerra del fuego* de Jean Jacques Annaud (viernes 27); *Tron* de Steven Lisberger (sábado 28), a las 6.30 y 9.00 p.m. (Alejandro Tirado 274).

El cine club del Museo de Arte exhibirá esta semana *El pequeño ruiseñor* de Antonio del Amo (martes 24); *El rescate de San Lucas* de Anatoli Bonrovski (miércoles 25); *Aquellos tiempos del cuplé* de Mateo Cano y José Luis Merino (jueves 26); *Quesos y besos* de John Blystone (viernes 27); simultáneamente se ofrecerá el ciclo *Cine-Ballet* que comprende las siguientes películas: *Introducción y técnica del ballet* de varios realizadores (martes 25); *Alicia* de Víctor Casaus, recopilación de ballets interpretados por Alicia Alonso (miércoles 25); *Romeo y Julieta* de Antonio Fernández Reboiro, con el Ballet Nacional de Cuba (jueves 26); *Edipo rey* de Justo Vega, con Alicia Alonso (viernes 27); *Espartaco* de Vadin Deberlov, con el Ballet del Bolchoi (sábado 28). Las funciones se realizarán a las 6.15 y 8.15 p.m.

TALLERES PARA NIÑOS

El día martes 24 se iniciará un *Taller de teatro* para niños de 8 a 12 años, a cargo de Fernando Zevallos, en el local de "Los Juglares" Arte y Cultura (Ramón Dagnino 265, cuadra 6 de la Av. Arequipa). Las inscripciones están abiertas todos los días útiles, de 10.00 a.m. a 10.00 p.m., en el mismo local. La agrupación coral Contrapunto organiza el *Taller de creatividad musical infantil* los martes y jueves, de 4.00 a 6.00 p.m. (Belgrano 175, Pueblo Libre, cuadra 4 de la Av. Bolívar); inscripción e informes: teléfono 450001.

MOJINETE

Desde Tacna, nos han enviado el segundo número de *Mojinete*, revista de poesía que dirigen Hugo Salazar, Alberto Páucar y Segundo Cancino. Sus primeras páginas difunden a poetas de otras latitudes: hay cuatro textos del norteamericano William Carlos Williams y un poema social realista del uruguayo Saúl Ibargoyen. De los arequipeños, se publican textos ya conocidos de José y Alonso Ruiz-Rosas y Oswaldo Chanove. Hay además un larguísimo poema repetitivo de Artidoro Velaputiño; un texto, al parecer inconcluso de Guido Fernández de Córdova ("...Cierra las ventanas/ enciende lámparas cenicientas/ tiende sus huesos/ junto a la cabecera/ de mi viejo catre/ etc./ etc.") y poemas intimistas de Giovanna Pollarollo.

EN DEFENSA DEL "PATRICIO" (Y DE LA JUVENTUD)

Don José Luis Bustamante y Rivero acaba de cumplir sus venerables 90 años de edad. El *patricio* (nombre consagrado por la alta huachafaría local) está, aparentemente, bien del cuerpo. Nos alegramos. Sin embargo (qué duda cabe) los años pasan y pesan. Por eso estamos en desacuerdo con la monserga que en cada efemérides, por quitame estas pajas, le imponen los desatinados reporteros de la televisión: "Doctor Bustamante y Rivero, ¿qué mensaje le daría a la juventud?". Lo que obliga al *patricio* a hilvanar (o deshilvanar) unos cuantos lugares comunes, más o menos conservadores, que sospecho dejan en la luna a los jóvenes, supuestos destinatarios del sagrado verbo del ex-presidente y vitalicio senador. Esta farsa debe, por el bien de todos, terminar: respetemos al anciano y, por supuesto, a la sufrida juventud.

SOCIALISMO Y PARTICIPACION

Con un editorial en el que se analizan los más importantes sucesos ocurridos durante el semestre final del '83, se abre el último número de *Socialismo y Participación* (Lima, noviembre 1983), la sólida revista trimestral que edita el CEDEP. Entre sus numerosos artículos, destacan "La viabilidad de largo plazo de un crecimiento exportador minero" de Fernando González Vigil que señala el negro porvenir que le espera a nuestra economía de seguir amparándose en la exportación de productos del sector primario sin realizar un esfuerzo sostenido de industrialización; "La economía cocalera y su impacto en la dinámica regional" de Enrique Juscamayta, que ofrece un interesante análisis sobre las implicancias económicas de este producto (las tesis de Juscamayta lo hacen también partidario del uso político de la coca por el Estado); y "Límites y ambigüedades en la concepción marxista de nación",



Francisca Mejía

del argentino Leopoldo Mármora, que da cuenta de las deficiencias teóricas del marxismo tradicional para entender el fenómeno nacional en toda su complejidad. En la sección "Arte" se publica "El kitsch sexual: 2 objetos", ensayo de Hugo Salazar que analiza el fenómeno de la producción de modelos artísticos en serie para el consumo de masas que, pretendiendo acercar el arte a lo funcional y utilitario, desemboca en "lo banal, lo falso y lo degradado del código artístico". Esta entrega trae además de sus documentos, crónicas y reseñas, un folleto que contiene un índice acumulativo de los artículos aparecidos en *Socialismo y Participación* entre 1980 y 1982.

AUTOEDUCACION

La educación popular y su contribución al movimiento social y político de las clases oprimidas, es la preocupación que anima a los editores de *Autoeducación* (Lima, Año III, No. 8, octubre 1983-Enero 1984), revista que llega a su octavo número bajo la dirección de Julio Dagnino. Entre sus aportes teó-

ricos, encontramos el de César Picón, que trata sobre las concepciones que se manejan en torno a la educación de adultos en América Latina y analiza las distintas líneas ensayadas para su aplicación, tales como programas de alfabetización, de capacitación para el trabajo y de educación popular. En la misma onda, Oscar Castillo señala las repercusiones que ha tenido la expansión de la educación oficial en los sectores laborales y los economistas L. Biondi y G. Pacheco afirman que al no ser el gasto educativo una inversión de rentabilidad inmediata, su participación en el PBI seguirá disminuyendo en aras del modelo monetarista que se viene implantando. La sección "Experiencias" informa del trabajo realizado en un colegio de educación inicial del pueblo joven "Huáscar" y del programa de autoeducación impulsado por una empresa de propiedad social. El informe especial de este número trae varios artículos dedicados a la educación popular, enfocada desde distintas perspectivas. Noticias sobre la educación en Nicaragua, y un cuento evocativo de José Watanabe, cierran este número de *Autoeducación*.

ERRATA ADVERTIDA

Por un problema de producción (casi inevitable en nuestras condiciones de trabajo) en *El bostezo del lagarto* del domingo pasado omitimos el nombre de la artista Rosario Noriega y de la galería Fórum, donde expone, al pie de la reproducción de uno de sus cuadros.



Por las ramas

Mi pueblo (Lima, ed. NEPER, 1983, 28 p.p.) es una plaqueta con poemas de William Sarmiento Herrera, integrante del Núcleo de Escritores y Poetas Radicales (NEPER). Estos textos, en los que predomina una posición de combate y protesta social: A veces pienso/ que mi Perú/ es una/ suerte de pillos/ cubierto/ de títulos y cargos... son de un radicalismo que los hace bordear constantemente el panfleto. *Tierra* (Lima, noviembre 1983, No. 4), órgano informativo de la Confederación Nacional Agraria que en este número denuncia la política implementada por el gobierno con el propósito de liquidar la Reforma Agraria y publica los acuerdos tomados por la VIII Asamblea de Delegados de la CNA a fin de aportar soluciones viables a la crisis agropecuaria que vive el país. *Como el otoño de otro tiempo* (Lima, ed. Kotosh, 1983) es el poemario de José Pavletich Bengleri, secretario de cultura del PADIN. Poemas que oscilan entre el tema amoroso y el contenido social, apelan a un tono lírico nada renovador que en verdad los hace parecer "de otro tiempo". *La Mosca* revista editada por el Centro de Estudios Políticos y Sociales (CEPSO) de la Universidad San Agustín de Arequipa, llega a su sexto número (No. 6, noviembre-diciembre 1983) trayendo un material variado y de buena calidad: en política, se analizan las razones del sorprendente triunfo municipal del APRA; en literatura, se publican dos ensayos en torno a William Golding y José María Arguedas y en música, encontramos un artículo sobre John Lennon y una entrevista al músico Alberto "Chino" Chávez. A seguir zumbando, que lo están haciendo mejor...



LOS CACTUS TAMBIEN ENSEÑAN

Jorge Flores y Aurora Colina en "La lección de los cactus" (Cocolido: Leoncio Prado 225, Miraflores).

Rosalba Oxandabarat

Universo de fantasía o Heavy metal promete al público cosas como misterio, magia, fantasías sexuales, asombrosa bondad, aterradora maldad... Bien, de todo este mercadeo de "sensaciones excitantes" es bien poco lo que subsiste después de haber llegado al fin de la película de dibujos animados firmada por Gerald Potterton con los dibujos de un equipo conformado por Richard Corben, Angus McKie, Dan O'Bannon, Thomas Warkentin y Benni Wrightson, todo un escuadrón, como se ve, lo que resulta explica-

ble si se piensa en el trabajo de un largometraje completo en base al dibujo.

Un igual impresionante número de intérpretes y grupos musicales son los encargados de la música, encabezados por Black Sabbath, supongo los responsables del desagradablemente desenfado público juvenil que atestaba el "Julietta" el día que me tocó a mí sacrificarme con esta proyección.

Las posibilidades del dibujo animado para adultos no han sido demasiado exploradas, o, en todo caso, estas exploraciones

no han tenido una adecuada difusión. Ciertamente las posibilidades casi ilimitadas de esta vía pueden permitir, a un equipo dotado de imaginación y originalidad, la auténtica creación de un "universo de fantasía", tal como el que supuestamente ofrece este filme.

La aceptación que tuvo en Lima el gato Fritz, el prestigio —discutido y discutible pero real— de la versión de Bashki de *El señor de los anillos*, el relativo éxito del montaje de animación y filmación con actores de Alan Parker en *Pin k*

Floyd, the wall, hablan de un sector del público abierto a este tipo de expresión, que a otro sector le despierta un irrepresible escepticismo.

La "adulterización" del dibujo animado, en todos los casos, comporta—más que una maduración de la temática—la inclusión de toques sexuales o de violencia, que inhabilitan al filme para menores (los consumidores tradicionales del dibujo animado). Resulta más bien curiosa esta mayoría de edad lograda por acumulación más que por un cambio sustancial en temas y tratamiento. En este sentido, el filme de Alan Parker, pese a los reparos que merece por su glorificación (pese a lo que diga el texto) de una estética de la violencia, si ha logrado, acorde con todo el filme, una iconografía "adulta".

No es el caso de *Heavy metal*, donde si prescindimos de un par de relaciones sexuales más bien traídas de los pelos, y la inclusión de prototipos femeninos que resultan una cruz entre la lejana Sheena de la jungla y las "chicas Divito" del antañón Rico Tipo—salvando las distancias, a favor de Sheena y las Divito—cuyo aporte es "desnudarse" en pantalla (con todo lo de erótico que puede resultar que se desnude un dibujo, perfectamente esquemático por lo demás), no hay nada que no pueda asimilarse a una aventura de las tantas que protagonizan los héroes infantiles. A menos que alguien se tome en serio la violencia de cabezas cortadas de las que brota un montón de sangre verde, o los monstruos voladores que no harían pestañear a un infante de siete años, o el discurso sobre el mal y el bien contenidos respectivamente en una bola verde y una muchacha de senos bien desarrollados.

Heavy metal sigue el camino que en el cine de aventuras inauguraron películas como *Conan el bárbaro* y sus muchas y olvidables seguidoras. Apela a presupuestos míticos y mágicos, tanto para explicar la fuerza de sus superhéroes como sus misiones y mensajes, y a una imaginería monumentalista para crear decorados insólitos donde una violencia desmesurada no quede fuera de lugar.

Pese a las facilidades que para este tipo de empresas puede proporcionar el dibujo animado, los quintuples creadores no van más allá de recurrir a las superperspectivas de ambientes mecanizados, unos cuantos insectos grandes que sirven de taxis y unos cuantos monstritos con cabezas diversas, que resultan inferiores a cualquiera de los juguetes creados por George Lucas y su equipo para la saga de las Galaxias,



que no eran dibujos. En resumen, desde el punto de vista de la ilustración, *Heavy metal* no presenta ninguna novedad, ni siquiera una recreación atendible de viejos comics, que, como se sabe, en su larga historia han tenido dibujos y dibujantes de primera línea, desde aquel *Little Nemo* cuyos sueños de principios de siglo superan largamente a todo lo que puede proporcionar este largometraje.

Pero un filme de dibujos animados no es solamente una sucesión de dibujos animados, sino también un universo expresado en base a aquellos, una historia contada con ellos. Aquí también este filme deja bastante que desear, porque más que un largometraje es la acumulación de tres o cuatro historias que vienen a ser las aventuras de la bola verde, sin mucho convencimiento, pese a que se apela un poco al cinismo en una de las historias y a un avance del Nueva York del futuro —¡otro!— recurriendo a la consabida extensión de mugre y violencia.

En resumen: *Heavy metal*, que queda vedado para los niños por sus cuotas de sexo agregado; tampoco impulsa una temática ni una estética adulta, por lo que podría servir solamente para la ambigua franja de adolescentes infantilizados, que sin embargo requieren por su edad su gotita de sexo —aunque sea dibujado— mientras le cuentan su cuento de hadas. Curioso y perverso, después de todo.



Liv Ullman

Un puente demasiado lejos

La reposición de este filme de guerra de Richard Attenborough, con una copia espantosa, por otra parte, posiblemente ha enganchado a más de un nostálgico de los viejos buenos tiempos en que se iba a ver cómo los aliados triunfaban sobre los nazis con suspenso, su gota de humor, y la buena facha que solían prestarle a los soldados Gregory Peck, Robert Taylor o Burt Lancaster.

Lo de las buenas fachas se mantiene, el resto no. Un elenco desmesurado para tanto paracaidista: Laurence Olivier, Michael Caine, Dirk Bogarde, Robert Redford, Maximilian Schell, Hardy Kruger, Gene Hackman, Sean Connery,

y paro de contar, pero hay más. Incluso Liv Ullman— que por último aparece regateado, un poquito cada uno y en papeletos mínimos, y un despliegue también desmesurado en paracaídas, tanques, bombas, puentes volados y cuanto artefacto bélico hay. Todo para ilustrar un movimiento envolvente de los aliados que por último fue frustrado por los planes de Montgomery, y aquí el mensaje pacifista: tanta gente muerta para tan poco. Pese a las buenas intenciones (de ahí probablemente le quedó a Attenborough el pacifismo que culminó en *Gandhi*) podríamos decir lo mismo de la película: tanto gran actor y tanto gasto oneroso de producción, para tan poco...

Además del mensaje, hay unas cuantas buenas tomas en batallas, hechas a lo grande, y del paisaje de cielo con paracaídas desplegado. Por lo demás, la suma de contrariedades y contraórdenes militares es perfectamente confusa y lo que se quería demostrar se pierde entre tanto fárrago de tropa para acá y tropa para allá, de puente roto y puente reconstruido. El academicismo de la puesta en escena no sirvió, como suele suceder, para una claridad meridiana de la historia. En fin, un revival a destiempo, que sólo puede servir para meditar en la pobreza de una cartelera que ya ni siquiera tiene buenos reestrenos para rellenarse.

**Edición
Extraordinaria**

SALE MAÑANA

UCHURACCAY

**El G-men Impune
Homenaje y Protesta**



Cuadernos 4

Peruanos

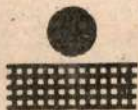
- **Fiscal de la Nación y Presidente de la Suprema Acusan al General Noel**
- **Luis Lumbreras y José María Salcedo Desautorizan a Vargas Llosa**

ADEMAS

- La batalla de las viudas ● La impunidad como estilo de gobierno ● Las palabras de Luis Morales. ● Testimonios de Humberto Castillo y Francisco Landa. ● ¿Quiénes eran? ¿Cómo eran? ● El misterio de Fortunato Gavilán.

EL LUNES

**el
Hincia**



- Man Bok Park y las confesiones de un boticario-entrenador
- La farsa del fútbol profesional
- Rocco en su hora decisiva.

Además: Humor, amedidades, grama, ajedrez y toros.

EL MARTES →
Machisaca



CONCEJO DISTRITAL DE ATE - VITARTE

COMUNICADO

DEPARTAMENTO DE LICENCIAS ESPECIALES
D.S. No. 009-82-IN D.A. No. 076-83 - CPL
A.C. No. 389 - CPI - 83 D.A. No. 100 - MIM - 83

Se hace de conocimiento de los propietarios y/o conductores de establecimientos comerciales ubicados en la jurisdicción del Distrito, que por su naturaleza funcionan después de las 23 horas (11.00 p.m.) como: Bares, Restaurantes, Bodegas, Billares, Casinos, Salones de Baile, Casas de cita, kioskos y otros, deben obtener la autorización de su LICENCIA ESPECIAL MUNICIPAL, ante el Concejo Distrital de Ate - Vitarte, en el plazo de treinta (30) días, contados a partir de la publicación del presente Comunicado. Vencido este término se harán acreedores a las multas y recargos de Ley.

Vitarte, 19 de enero de 1984

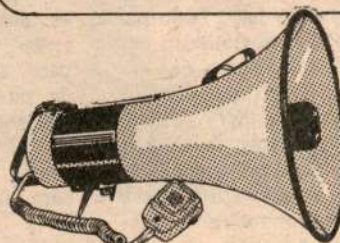
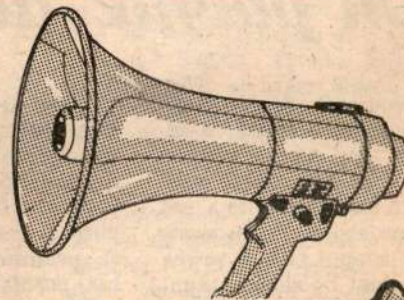
DIRECCION DE RENTAS
Ana G. Delgado de la Flor C.
Directora.

La mejor difusión con...

**MEGAFONOS
National**

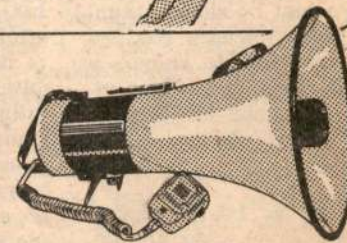
MODELO: WD-330N

- Potencia: 20 watts.
- Funciona con 6 pilas UM-2.
- Micro incorporado.



MODELO: WD-360N

- Potencia: 25 watts.
- Funciona con 8 pilas UM-2.
- Micro externo con cordón retráctil, provisto de correa para fácil transporte.



MODELO: WD-370N

- Potencia: 45 watts.
- Funciona con 10 pilas UM-1.
- Micro externo con cordón retráctil.
- Provisto de correa para fácil transporte.



IMPORTACIONES
HIRAOKA S.A.
AV. ABANCAY 594, TELF. 288185

EN TODAS SUS LINEAS SIMBOLO DE BUENA CALIDAD Y GARANTIA

